





TOM NESMITH

Una visión de los archivos: posmodernismo y cambio del espacio intelectual de los archivos

Durante la mayor parte del siglo pasado, la discusión sobre las formas en que la comunicación modela el entendimiento y el comportamiento humano ha centrado la atención de círculos tanto académicos como de diversa índole. Extensos espacios del paisaje intelectual han sido reformulados por el análisis del lenguaje, de los textos, de las imágenes, de los procesos de comunicación tales como la inscripción, la transmisión, la conservación, la memoria personal y colectiva y su conmemoración, y de la lectura (o contextualización e interpretación). Este análisis ha influido a varios movimientos filosóficos, desde el estructuralismo y el posestructuralismo hasta (más recientemente) el posmodernismo; ha dado origen a nuevos campos de investigación, como la semiótica, los estudios culturales, los estudios de comunicación; ha propiciado nuevas orientaciones a otros estudios tradicionales en las artes, las humanidades, las ciencias sociales, tales como la lingüística, la historia, la geografía, la teoría literaria, así como a profesiones como la arquitectura, la psiquiatría y la asistencia social. Es difícil encontrar un campo de la actividad intelectual que no haya recibido, y rebatido, estas influencias¹.

Tom Nesmith

*Profesor Asociado, Departamento de Historia de la Universidad de Manitoba
nesmith@cc.umanitoba.ca*

Traducción de Crispulo Travieso Rodríguez

Versión original: "Seeing Archives: Postmodernism and the Changing Intellectual Place of Archives", American Archivist vol 65. 1 (Spring/Summer 2002), pp. 24-41. Traducido y publicado con la autorización del autor y de la Society of American Archivists (www.archivists.org)

Quiero agradecer a Terry Cook, mi colega en el Programa de Estudios Archivísticos de la Universidad de Manitoba, y a Joan M. Schwartz, de los Archivos Nacionales de Canadá, sus valiosos comentarios al borrador de este artículo

A pesar de que este desarrollo tiene profundas implicaciones para la profesión archivística, hasta hace poco tiempo no se le había prestado mayor atención. A ello hay que sumar que los principales participantes en el debate hacían escasas referencias a los archivos. Sin embargo, en los últimos años la etapa del debate más influenciado por el posmodernismo parece llegar a las orillas de la Archivística en forma de artículos de algunos archiveros, sociólogos, historiadores, bibliotecarios y, quizá de manera más visible, de la obra de Jacques Derrida *Mal de archivo: una impresión freudiana*².

Posmodernismo y archivos

Quizá no sorprenda que las ideas posmodernistas hayan motivado a algunos autores a analizar la Archivística. En Occidente se ha reflexionado durante siglos sobre el grado en que nuestra concepción de la realidad está influida por los propios medios con los que contamos para abordarla – desde nuestros sentidos y la creación intelectual hasta toda la gama de comunicaciones documentadas. La mayor parte de este debate se ha concentrado bien en hallar el medio más fiable para comunicar dicha concepción (como pueda ser el lenguaje oral transmitido directamente de una persona a otra), o bien en encontrar formas de salvar las limitaciones de estas influencias para así obtener información fiable de manera sencilla (como puede ser el valor añadido que se le da al lenguaje oral de un testigo bajo juramento en un juicio). Los posmodernistas destacan en esta discusión la idea de que, a pesar de tales esfuerzos, nuestros medios de comunicación son aún bastante limitados en cuanto a lo que pueden transmitir, y que, paradójicamente, también son mucho más poderosos y fundamentales de lo que pensamos en lo que se refiere a la formación de cualquier conocimiento que podamos alcanzar. Un rasgo característico de la visión posmoderna de la comunicación es la imposibilidad de evitar o neutralizar completamente los límites de la intervención de estas influencias, las cuales, además, conforman irremediablemente nuestro conocimiento. Por tanto, nuestro conocimiento no sólo se ve influenciado por esta mediación, sino que es un producto de esta³.

Basándose en esta nueva percepción de la comunicación, los posmodernistas proponen una extensa crítica de la filosofía y la sociedad modernas que abarca numerosos aspectos. La perspectiva modernista, que deriva del origen de la ciencia y del Siglo de las Luces, postula que la comunicación racional, y por tanto fiable, puede ser la base de un progreso intelectual, material y social ilimitado. Sin embargo, si la capacidad de la comunicación para representar el mundo es profundamente limitada, entonces nuestras seguras presunciones sobre las verdades y objetivos de la sociedad, la religión y la política estarán siempre bajo sospecha. Más que certezas que buscar o a las que aferrarse, lo que existe en realidad

es una serie de constructos provisionales que conformamos con los medios de los que disponemos. De ahí que el enfoque de nuestro debate deba incluir cómo esas construcciones (entre las que estarían los archivos) conforman y modelan nuestro conocimiento⁴.

Varios archiveros han comenzado a perfilar la aplicación general de la perspectiva posmodernista al trabajo archivístico⁵. Este estudio pretende contribuir a una comprensión más completa de cómo la visión posmodernista de la comunicación puede esclarecer la labor de los archiveros como mediadores fundamentales o constructores del conocimiento disponible en los archivos. Esta visión posmoderna implica que cualquier avance en el conocimiento que seamos capaces de alcanzar ha de venir necesariamente de la identificación y la exploración de todos los factores mediadores posibles, incluyendo aquellos aparentemente distantes de los estudios anteriores, como pueda ser la Archivística. A diferencia de los esfuerzos previos para descubrir (y en gran medida también neutralizar) estos factores implicados en la mediación, la perspectiva posmoderna defiende que la Archivística no debería pasar desapercibida por más tiempo en este contexto. Y propone también que, más que intentar simplemente superar su intervención, se deberían analizar las importantes repercusiones de esta disciplina.

El enfoque posmoderno de la comunicación nos ayuda a obtener una visión renovada de la Archivística, y quizá para algunos, verla por vez primera, ya que ha sido generalmente una disciplina casi invisible, incluso para aquellos que suelen hacer uso de los archivos. La perspectiva posmoderna plantea un espacio intelectual renovado y relevante de los archivos en la formación del conocimiento, la cultura y la sociedad. Nos permite comprobar que los archiveros, contrariamente a la idea de que únicamente reciben y guardan grandes cantidades de documentos, en realidad crean conjuntamente y dan forma al conocimiento presente en los documentos y, por tanto, colaboran en la formación de la memoria de la sociedad. Ello significa que el estudio del proceso de archivo en sí mismo (ya no sólo utilizando los archivos como tradicional medio para estudiar otras cosas) es un aspecto trascendental de la búsqueda del conocimiento humano. El estudio de los archivos ya no responderá entonces al interés, supuestamente esotérico, de algunos archiveros que creen que ello les permitirá ser más eficientes en su trabajo, o les proporcionará un mayor respaldo en la cultura profesional, por valiosas que puedan ser estas motivaciones internas.

La labor archivística ha permanecido mucho tiempo en la sombra, tanto social como intelectualmente, en parte debido a que los documentos y los archivos han sido considerados medios de acceso a la información sin mayor controversia. Desde siempre los usuarios de los archivos han pretendido una visión directa y nítida de las instituciones archivísticas, de su trabajo y de sus documentos, como algo más del pasado de gran importancia e interés para ellos. Las ideas convencionales sobre los archivos han reflejado y reforzado esa opinión. Los archiveros no sólo

intentan conseguir fuentes o documentos primarios (u originales), a los que se presupone por tanto el contener una integridad especial (incluso única) como medios de acceso al pasado; además se estima que facilitar información sobre el origen de los documentos y respetar el orden original de su creación son aspectos esenciales para determinar que la labor archivística es un medio neutral para comunicar el pasado documentado. Tradicionalmente, los archiveros se han opuesto a cualquier tipo de intervención por los propios archiveros u otros agentes que pudieran minar la integridad física o intelectual de los documentos o provocar en el proceso archivístico distorsión en la transmisión del significado y características originales de los documentos a través del tiempo y el espacio. Aunque esta concepción ha traído consigo la adopción por parte de los archiveros de un papel activo como protectores y conservadores de documentos, también ha implicado un rol general más bien pasivo y secundario, como meros depositarios y guardianes de la documentación. Según este papel, los archiveros simplemente documentan o reflejan como un espejo el mundo exterior de los archivos, y así, enumeran, describen, copian y recuperan los documentos y, por consiguiente, el conocimiento contenido en ellos, de una manera neutral, apenas visible pero objetiva⁶.

Esta forma de entender la Archivística está tan profundamente arraigada que ha sido considerada por muchos archiveros como parte del orden natural de la documentación y la comunicación humanas. Sir Hilary Jenkinson, del Public Record Office, la principal figura archivística en lengua inglesa de la primera mitad del siglo veinte, mantuvo aún en 1947 que los archivos auténticos “se formaban naturalmente”. “No están ahí”, añadía, “porque alguien los haya reunido con la idea de que puedan ser útiles en el futuro para los estudiantes, o para demostrar un tema o ilustrar una teoría. Han tenido lugar y han adquirido su configuración última gracias a un proceso natural: se podría decir que han crecido, del mismo modo en que lo hace un organismo, como pueda ser un árbol o un animal”. En la misma línea, al describir la “nueva profesión” que los archiveros de Inglaterra habían creado en el siglo veinte, Jenkinson llevaba su metáfora un poco más allá – insinuando que los archiveros mismos podían considerarse animales. Dentro de la discusión sobre si los archiveros debían escribir ensayos históricos que excedieran los límites de la historia administrativa básica y objetiva necesaria para servirles de orientación, Jenkinson afirmó: “Puede ser que [el archivero] ciertamente obtenga de vez en cuando algún hallazgo [histórico] interesante y se le debe conceder el placer de seguirle la pista, en sus horas de descanso. La consigna adecuada ha de ser “No pondrás bozal al buey que trilla”: debemos permitirle... al menos, algunos bocados; mientras se le recuerde que su obligación principal es seguir trillando; y confiando en que, mientras tanto, no termine pisando a alguien”⁷.

Se ha considerado, pues, que el trabajo archivístico será más eficaz si se desarrolla discretamente o es preferentemente invisible. De hecho, los propios archiveros han adoptado una estrategia de anonimato voluntario en sus principios

y discurso profesional. Otro buen ejemplo de esta vieja tendencia (y sus metáforas naturales, en ocasiones agrarias) se puede encontrar en la opinión de Douglas Brymner, quien desde 1872 hasta 1902 fue el director de lo que hoy en día es el National Archive of Canada. En un discurso ante historiadores en 1888, Brymner declaró que los archiveros eran “hombres de letras, pero no autores” y que el archivero “no debe olvidar que es sólo el colono cuya obligación es despejar los obstáculos, preparar el terreno; el cultivo de los campos ya vendrá luego”. A continuación, Brymner calificó el trabajo que él desempeñaba de organización de documentos afirmando que era “puramente mecánico” y que no precisaba “ninguna cualificación especial”. Cuando se trataba de describir los documentos, de nuevo subrayó su modesta función, expresando que esta tarea sólo requería “un poco más de capacidad intelectual” que organizarlos⁸. Bien sea como bueyes de arado o como colonos esforzados, el buen archivero debe posibilitar el trabajo creativo de otros, pero no confundir (ni “mezclar”) su papel de archivero con el de los autores de verdad.

Este énfasis en la simplicidad de archivar y en la renuncia voluntaria de los archiveros participan de la vieja premisa occidental de que los medios de comunicación son representaciones neutrales o espejos de lo que realmente son o eran las cosas. En la mayor parte de la historia occidental, el lenguaje, por ejemplo, ha sido considerado como una “disposición divina”. Como consecuencia, no sólo se presuponía una correspondencia entre las palabras y las cosas a las que estas designaban, sino que también, como alude Paul Heder, el lenguaje se entendía como “un fenómeno natural con una inherente coherencia conceptual con el mundo”. A pesar de que los pensadores del Siglo de las Luces comenzaron a sustituir esa concepción con la idea de que el lenguaje es una creación humana, muchos aún lo consideraban un método de comunicación pasivo. Pensaban que el lenguaje y otros métodos de comunicación eran componentes esenciales del progreso humano intelectual y social, dado que posibilitaban que se acumulasen los frutos de la búsqueda de la razón. Aún, comenta Heyer, “los medios eran considerados aumentativos pero básicamente neutrales”⁹.

Según sostiene el historiador Hans Bertens, no fue hasta el siglo pasado cuando pudo abrirse “el candado” de esta “modernidad representacional”. Algunos filósofos y otros estudiosos de la época empezaron a rechazar la visión de la comunicación como un instrumento en gran medida inerte para la transmisión de ideas y observaciones. Comenzaron a indagar en la idea de que lo que asumimos como nítidos reflejos de la realidad eran inseparables de nuestros métodos para comunicar dicha realidad – mediante la lectura, la interpretación, la expresión, el registro, la transmisión, la conservación y la memoria. Declararon que la realidad no ocurre simplemente antes y al margen de que nosotros construyamos y leamos sus signos. Al contrario, nuestra concepción de la realidad está intensamente modelada por los métodos y medios particulares de comunicación en los

que estamos inmersos, y por nuestros esfuerzos para transmitir ideas y experiencias a través de ellos. Defendían que la realidad deriva de lo que podríamos llamar su *comunicabilidad* – o de la información que los medios de comunicación, accesibles y disponibles, pueden transmitir y de las capacidades, circunstancias y perspectivas de los comunicadores humanos. Dicho de otro modo, conocemos lo que conocemos a través de las lentes de la comunicación, con todas sus puntos fuertes, su parcialidad y sus limitaciones¹⁰.

En nuestro afán por comprender nuestras experiencias y nuestro entorno, debemos usar el lenguaje y otros variados métodos de comunicación. Pero nuestra comunicación, a cambio, será una representación de ello, no reproducciones idénticas y completas de nuestras experiencias y nuestro entorno en sí mismos. La comunicación tiene una capacidad limitada para expresar la verdad con palabras e imágenes dado que nunca son exactamente lo mismo que aquello a lo que se refieren. Con todo, puesto que son todo lo que terminamos reuniendo tras nuestra interacción con lo que nos encontramos en el mundo (como “archivos”, de alguna manera), modelan profundamente lo que consideramos como real¹¹.

Derrida y “Archivación”

Jacques Derrida, algunas de cuyas ideas sobre esta materia acabo de intentar parafrasear, sostiene que el proceso íntegro de comunicaciones personales, sociales, institucionales y tecnológicas es, en realidad, un proceso archivístico, o lo que él llama “archivación”. Derrida explora todo ello en relación con la vida y el legado de Freud en su obra *Mal de archivo*. En ella pone de manifiesto la fuerte acción de la labor e intervenciones archivísticas. Este “mal de archivo” se puede constatar en varios aspectos: en el enorme deseo del padre de Freud por transmitir a su hijo su herencia o “archivo” judío; en el propósito “archivístico” de Freud en el psicoanálisis, que en sí mismo puede interpretarse como una técnica para adentrarse en recuerdos inconscientes largamente reprimidos hasta el origen final de un “archivo personal” de enfermedad mental; en la fuerte voluntad de Freud, de su familia y de sus descendientes por perpetuar el verdadero archivo de sus descubrimientos del psicoanálisis; y en la pasión del historiador Yosef Yerushalmi por entrar en los archivos convencionales de Freud para comprender los orígenes y el significado de la obra de Freud en relación con su historia judía, y conformar en efecto su significado y legado excediendo sus limitaciones en una entrevista ficticia con el maestro desaparecido¹².

Derrida considera que todas estas actividades revelan lo intensamente implicados que estamos en la necesidad de archivar y de usar archivos. Pero advierte que en última instancia nuestra intención es la de intentar trascender o evitar el contacto con este sustituto técnico de la realidad, en la búsqueda de “una

presencia absoluta de vida absoluta sin prótesis alguna, sin ninguna técnica, sin archivo”. Pero ni Freud ni ninguno de los otros pudieron desprenderse del archivo. La transmisión completa de las experiencias pasadas y el reingreso en ellas —o el acceso a “la verdad en sí misma de las cosas, pura y simple”— siempre es esquiva, dado que el proceso de archivo, siempre presente, interfiere para limitar y dar forma a lo que puede ser concebido. Derrida concluye que “la archivación produce, tanto como registra, el acontecimiento”¹³.

Aunque en *Mal de archivo* Derrida casi nunca menciona las instituciones archivísticas convencionales, gestionadas por archiveros profesionales, su noción de archivación es una constante en su obra. Esta idea precisa, con todo, mucha más atención de la que él mismo le da. ¿En qué medida esta faceta clave del proceso de archivación contribuye a “producir el acontecimiento”? O dicho en otras palabras, más que simplemente reflejar la realidad, ¿hasta qué punto ello influye en la creación de documentos que a la postre transmiten lo que consideramos como real? Esta mediación en la realidad tiene lugar porque los archiveros interactúan en el proceso más amplio de archivación. Sus experiencias personales y sus afiliaciones sociales, sus modelos profesionales, su consciencia de sí mismos y su posición social, dan forma y están formados a su vez por su participación en este proceso. Cuando selectivamente interpretan su experiencia de todo ello, los archiveros colaboran en el desarrollo de contextos formativos para su trabajo, los cuales influirán en la comprensión de la comunicación registrada, y condicionarán que un archivo concreto lleve a cabo una tarea concreta. Esta contextualización de los documentos y los roles dirige sutilmente los principales objetivos y funciones. Determina su selección del material archivístico; establece cómo lo describen o lo representan para hacerlo inteligible y accesible; fija la necesidad de su preservación indefinida y las medidas especiales que hacen falta para su conservación a lo largo del tiempo; y, en mayor grado en la era informática actual, provoca un deseo cada vez mayor de influir en su concepción auténtica, en su inscripción literal o física, y en la gestión de los documentos mucho antes de que entren a formar parte de la custodia archivística.

Los archiveros no pueden involucrarse en estos sentidos del proceso de archivación ni con los documentos que dicho proceso genera sin situar a ambos en un contexto interpretativo, que termina repercutiendo en lo que está disponible y accesible como archivos. Y, por consiguiente, en la medida en que contextualizan los documentos y su labor, los archiveros conforman lo que puede ser conocido a través del material archivístico. Como estos mismos contextos varían, cambian los propios documentos, alterando la forma en que son tratados, y por tanto también qué “acontecimiento”, por usar las palabras de Derrida, puede ser conocido con ellos. Más que volverse inertes en los archivos, los documentos evolucionan constantemente. Si se trata de conservarlos, deben cambiar. Y los archiveros ayudan a cambiarlos o recrearlos para que sean conservados.

Un ejemplo canadiense

Podemos empezar a ver los archivos bajo esta nueva perspectiva volviendo a Douglas Brymner. Aunque él minimizó la importancia de su labor en el desarrollo inicial de los Archivos Nacionales canadienses, sus afirmaciones demuestran en realidad su extraordinaria influencia. En 1888, Brymner creó un lugar dentro de la sociedad canadiense para unos archivos en ciernes, al expresar su inspirado “noble sueño” para ello. Dijo entonces: “Mi ambición es la creación de una gran depósito de la historia de las colonias, de sus cuestiones políticas, eclesiásticas, industriales, internas, en una palabra, de todos los aspectos de su vida como comunidad... Puede ser un sueño, pero es un noble sueño”. Brymner quería que este nuevo depósito fuese La Meca de los historiadores norteamericanos (no sólo de los canadienses). Y cuando describe el trabajo supuestamente modesto que había realizado para la ordenación de los documentos, la forma en que lo relata muestra que en realidad había ejercido una profunda intervención sobre ellos. “Estando completamente solo”, explica, “tuve plena libertad para adoptar el sistema que yo estimé conveniente, sin estorbo ni obstáculo ni protesta. Por tanto, en primer lugar adopté, como base, el orden cronológico, para que el registro de los hechos pudiera seguir un hilo natural, sin importar quién los había registrado”¹⁴.

Brymner había tenido un poder virtualmente ilimitado sobre un inmenso volumen de documentos antiguos muy importantes, aplicándoles a estos tanto su concepto de creación natural y verdadera, como (al indexarlos) las materias a las que él consideraba que pertenecían. Brymner y sus ayudantes recorrieron América del Norte y Europa en busca de documentos para los archivos canadienses. Llevó a cabo decisiones, intervenciones, compromisos, negociaciones y juicios complejos, todo en un intento bastante apasionado por conseguir su impetuoso “noble sueño”. Sin embargo, el inspirado soñador se presentaba a sí mismo imparcialmente como una figura menor, que estaba, en el mejor de los casos, entre “los hombres de letras que no eran autores”, o como un simple encargado de limpiar el terreno, más que como un productivo granjero¹⁵. Ello reproduce fielmente la tensión interna del mito principal de la profesión de archivero: un poder y competencia enormes sobre la memoria social, ocultados en la práctica tras una imagen pública de negación y anonimato voluntario.

Defiendo que cualquier trabajo realizado en el desarrollo de un archivo es un tipo de composición o creación de los documentos archivísticos. ¿Qué relación puede tener con un autor? Ser autor significa mucho más que registrar con un bolígrafo, un teclado o una cámara. Existen muchos actos de creación de documentos que no son sólo literalmente actos de inscripción por un creador inicial. La idea de que los archivos juegan un papel como autores, está basada en la perspectiva de que un documento es una comunicación significativa, lo que quiere decir que es un objeto físico más el conocimiento o representación de ese objeto.

Una parte de lo que hace que un documento sea significativo ha sido inscrito en él por quien lo produjo literalmente, pero la mayor parte de lo que hace que ese registro sea inteligible está fuera de su plano físico, en su contexto interpretativo. Los archiveros, que intervienen activamente en la formación de ese contexto, comparten por tanto la autoría o creación de los documentos.

Los archivos como símbolos que condicionan los documentos

Las decisiones que toman los archiveros conforman sensiblemente ese contexto de significación. Por ejemplo, al considerar un documento como archivable se le asigna un estatus especial. Se le rodea, se le enmarca o se le dota del privilegio de un tipo de visión particular, y se suele convertir en un símbolo de las aspiraciones de la comunidad o de los valores apreciados. La forma en que los archiveros hablan de los archivos, la ubicación física y frecuentemente la arquitectura propia de los edificios de los archivos, cuya situación y diseño fomentan los archiveros, modelan la forma en que se representan y perciben estos documentos privilegiados. Brymner habló de un “noble sueño” nacionalista de crear un lugar casi sagrado (o “Meca”) para la memoria colectiva de Canadá. Este simbolismo no era sólo un esfuerzo para llamar la atención pública sobre estos documentos frente a otros, sino que también proporcionaba a los canadienses y al mundo un contexto decisivo para el conocimiento de lo que *son* estos documentos archivísticos, y de cómo debían ser apreciados y leídos. Ello influye en la realidad, no sólo determinando lo que *podemos* saber sobre el pasado, sino también declarando qué es lo que *necesitamos* saber sobre él.

Los casos semejantes a este son abundantes. Arthur Doughty, el sucesor de Brymner como director de los archivos canadienses desde 1902 a 1935 (y que fue, si cabe, aún más activo en la formación de estos que el propio Brymner) proclamó la imprescindible contribución de los archivos a la “civilización” en sí misma –tal y como muchos archiveros canadienses afirman hoy– al declarar: “De entre todos los bienes nacionales, los archivos son los más valiosos; son el regalo transmitido de generación en generación, y en la medida en que nos ocupamos de ellos estamos ocupándonos de nuestra civilización”. Este importante valor simbólico de los archivos se refleja también en la ubicación de la American National Archives and Records Administration (NARA) en el centro de la vida civil americana en la capital de la nación. Además NARA también hace alarde del imponente lema “Lo pasado es el prólogo”. Actualmente representa el soporte registrado de las acciones del gobierno federal, lo que posibilita a los ciudadanos la participación más intensa en la vida civil americana. De hecho, NARA quiere darle forma a la democracia y la sociedad americanas. El Archivero de los Estados Unidos, John W. Carlin, sostiene que “si hacemos nuestro trabajo eficazmente,

ayudaremos a recuperar la confianza de los americanos en las instituciones democráticas”. Carlin trata de componer esta visión de los documentos mediante la negación de un viejo estereotipo de los archivos. “Los Archivos Nacionales”, escribe, “no son un montón polvoriento de historia antigua. Son la confianza común sobre la que se sostiene la democracia”. Como los archivos de cualquier otra parte, el NARA ha pretendido atraer a personalidades conocidas y políticamente influyentes para obtener un mayor alcance e impacto de los supuestos que quieren representar. El Senador de Mississippi Trent Lott, tras una visita al “espléndido edificio” de los archivos para ver la Declaración de Independencia y la Constitución se hizo eco del sentimiento de Carlin respecto al poder de los archivos para sustentar “nuestro democrático estilo de vida”. Incluso llegó un poco más lejos al situar la misión democratizadora de los archivos dentro de un sorprendente marco histórico nacionalista, proclamando que con la Revolución Americana “había nacido un nuevo estilo de vida [democrático]”. Los archiveros y sus aliados ayudan a hacer y rehacer los documentos mediante este tipo de representaciones de sus significados¹⁶.

Esta misma pauta de colocar ciertos documentos en el pedestal del progreso nacional, de la memoria sagrada, la civilización, la historia, la cultura, la democracia o la necesidad social, con frecuencia provoca que a documentos que una vez fueron considerados bastante corrientes se les confiera el estatus especial de “archivos” o, a algunos documentos, aún más especiales, de “tesoros” archivísticos. Por ejemplo, los documentos de género hasta hace relativamente poco tiempo no eran considerados archivísticos por la mayoría de los archiveros. Este nuevo reconocimiento modifica el contexto de conocimiento de esos documentos, y por tanto modifica también lo que *son*. Esta transformación de los documentos en documentos archivísticos, e incluso “tesoros”, hace que según el momento se preste distinta atención a unos documentos frente a otros. La destrucción o exclusión de los documentos no-archivables “re-crea” los documentos que perviven, mediante su recolocación en los archivos con respecto a los documentos relacionados, o mediante la supresión de algunos aspectos de su contexto de interpretación. Los documentos elevados al estatus de archivísticos se convierten en el centro del proceso interpretativo creador de significado, lo cual implica hacerlos y rehacerlos sucesivamente¹⁷.

La práctica archivística condiciona los documentos

Estos documentos se sitúan especialmente cerca de otros documentos ya declarados archivísticos y, en última instancia, de otros muchos documentos que están aún por llegar a los archivos. Con frecuencia los archivos establecen nexos entre dichos documentos y otros de archivos locales, regionales, nacionales e incluso

internacionales, o bien se articulan en función de ciertas posesiones personales de gran valor, de personajes famosos, de determinados temas de última tendencia, de los intereses de los grupos de usuarios más dinámicos, y de forma más visible, de los medios de registro que pueden exhibirse. Estas relaciones se establecen siempre selectivamente, así que no existían necesariamente antes de que fueran creadas por los archiveros y varían continuamente al tiempo en que lo hacen los propios criterios de selección. De este modo, estas relaciones favorecen determinadas posibilidades de interpretación (o visiones de lo que son los documentos) en detrimento de otras que no recibirán este tratamiento especial dentro de los archivos. La perspectiva de mayor flexibilidad y amplitud de las versiones electrónicas de estas representaciones y relaciones no hará sino fortalecer el papel de creador del archivero, que tendrá aún mayor poder a la hora de crear determinados modelos de contextualización. El esfuerzo por determinar qué es el documento es, por consiguiente, un *proceso* continuo –dado que esta red de relaciones y perspectivas se va redefiniendo a lo largo del tiempo– y no algo que se fija por parte de los productores de los documentos de una vez por todas. En definitiva, los archivos, más que con un producto registrado inmóvil, tienen que ver con un proceso de registro dinámico¹⁸.

La costumbre archivística de custodiar indefinidamente aquellos documentos a los que se ha concedido el carácter de archivables no sólo reconoce que esta creación de significado es un proceso, sino que esencialmente amplía al máximo dicho proceso. De hecho, los archiveros fomentan estos cambios de significado incluso cuando manifiestan a las nuevas generaciones de patrocinadores y usuarios de archivo que la relevancia de los documentos va evolucionando a lo largo del tiempo y según las materias. Dicho de otra manera, los archiveros, para destacar su papel fundamental de nuevo, han insistido en la custodia indefinida de los archivos, muchas veces en contra de la opinión de otros, y por tanto, conscientemente o no, han permitido asegurar que los documentos serán re-creados de diversas maneras a lo largo del tiempo. Esta extensión temporal archivística puede tener un enorme impacto en el propio significado de los documentos. De hecho, dado que los archivos imponen una amplia extensión temporal del proceso de configuración de significado, y dado que los archiveros intervienen constantemente en dirigir la atención de la sociedad, muchas veces olvidadiza y negligente, hacia los documentos, se puede afirmar que los archiveros repercuten más en el testimonio que contienen los documentos que sus creadores en sentido literal. En otras palabras, en realidad los archivos pueden hacer una mayor contribución a la creación de los documentos que los propios autores de estos.

Durante ese período de tiempo, los archiveros colaboran en el establecimiento de contextos más amplios del significado de los documentos. A pesar de que los archiveros no pueden leer exhaustivamente el contenido de todo el fondo, habitualmente amplio, de los archivos (un hecho que, de nuevo, inevitablemente

CABILD.
MVNA.

CAXON. 7º

HAZIENDA DEL CABILD.
QUARTO DE BANOS Y BALDOBLA

CAXON

HAZIENDA DEL
QUARTO DE PEN

CAXON 29

RELACIONES DADAS PARA EL
CATRASTO. AÑO DE 1752.

CAXON

SINODALES E ESTE
Y ESTATUTOS ESTE

CAXON. 91.

MEMOR. ^A DEL TESORERO. OR
DOÑEZ.

CAXON

MEMOR. ^A D. D. A

CAXON 73

ACTA CAPITVLARES DE
1675 HATA 171.

Acta de los Cabildos de la Ciudad de Mexico...
Acta de los Cabildos de la Ciudad de Mexico...
Acta de los Cabildos de la Ciudad de Mexico...
Acta de los Cabildos de la Ciudad de Mexico...
Acta de los Cabildos de la Ciudad de Mexico...
Acta de los Cabildos de la Ciudad de Mexico...
Acta de los Cabildos de la Ciudad de Mexico...
Acta de los Cabildos de la Ciudad de Mexico...
Acta de los Cabildos de la Ciudad de Mexico...
Acta de los Cabildos de la Ciudad de Mexico...

ES DSD
79



89.
CABILD.
A DEREY

CAXON 9.
HAZ. DA DEL CABILD
TIERRA DE SALVATIERRA
Y ALBA

CAXON 10.
EXECUTORIO CONCORD D.
MEDINA DEL CAMPO.

CAXON 11.
EXCVTORIAS A FAVOR
DEL CAVILDO.

8.
OBISPADO
TA SY GRESIA

CAXON 31
LIBRO D TVRNOS
LIBRO D SE D UACANTE
LIBRO D LUALOR D LVGARES

CAXON 32
PAPEL TOCANTALACAR
D O NIKER D EL EST D LESIANT

CAXON 33
PROVISION D PREBENDAS
D O FICIO.

62.
L MANZA

CAXON 53
MEM D ALVISTVRY
ANTIG D PARADA.

CAXON 54
MEMOR D JEROME CANA
D CASTRO FANON POZO

CAXON 55
MEM D YSAU D ROBLES
JVAN D TRIAS SVSANA
MARTIN.

CAXON 75

CAXON 76
ACTAS CAPITVLAR D S D E
1785 HASTA

CAXON 77
ACTAS CAPITVLARES

determina la forma en que representan los documentos), la característica forma de lectura de los archiveros en los archivos es fundamental, y con frecuencia, una fase previa necesaria de la lectura de los demás. Los archiveros tratan el proceso de archivación como conocimiento del contexto cíclico en que se desarrolla la creación de los documentos. De hecho, los archiveros participan en la autoría de los documentos desde el momento mismo en que determinan lo que significa e implica crearlos, o definen en qué consiste la procedencia de los documentos.

Una de las actividades profesionales esenciales de los archiveros es establecer la procedencia de los documentos. Por regla general, los archiveros han observado la procedencia de forma restringida, como un determinado individuo o familia (para archivos personales), o un departamento concreto (para archivos institucionales) que creaba, acumulaba y usaba un conjunto de documentos. Pero el origen de los documentos es mucho más complejo, tal y como muchos archiveros han empezado a apuntar. El origen incluye los contextos sociales e intelectuales que condicionan las acciones de las personas e instituciones que crean y mantienen los documentos, las funciones que desempeñan estos, las posibilidades tecnológicas para capturar y preservar la información en un determinado momento, y la historia de la conservación de los documentos (en la que pueden haberse sucedido reordenaciones, expurgos o manipulaciones). Un gran número de personas, organismos, e influencias (incluyendo aquí a los propios archivos, sus patrocinadores, donantes y usuarios) pueden estar involucrados en el origen de los documentos debido a que sus actos redundan en la existencia, conservación y características de los documentos que encontramos en los archivos. Lo que decide incluir o poner de relieve un archivero a la hora de determinar la procedencia ayuda a modelar el significado mismo de los documentos, y consecuentemente, la realidad que se crea para sus lectores.

En efecto, al desarrollar la tarea de descripción y referencia, los archiveros ayudan a distinguir qué parte de ese complejo y extenso conjunto de información puede llegar a convertirse en documentos que sirvan como contexto significativo en las lecturas de iniciación para los investigadores de los archivos, o qué información contextual puede considerarse significativa para comprender esos testimonios. Se trata de un poder considerable que puede influir en las interpretaciones que se derivan de los archivos, ahora y en el transcurso del tiempo. Con todo, los archiveros no siempre coinciden entre ellos sobre qué se puede considerar contexto necesario. Se han descrito documentos de forma diferente dependiendo del momento. Los supuestos de partida de cada archivero, sus intereses personales, la investigación disponible en cada época para avanzar en el conocimiento de este proceso, son algunos factores que influyen en la creación de contextos de significación. A ello hay que añadir que los archiveros pueden no ser conscientes de ciertos contextos relevantes dentro de los que llevan a cabo la descripción de los documentos (como la percepción misma de que estas consideraciones cambian

con el tiempo). Es poco probable que pueda existir un estándar o consenso profesional que pueda servir de guía completamente a un proceso así de complejo y a un conocimiento tan subjetivo. Incluso si lo hubiera, aún habría sido modelado en algún sentido u otro. Por tanto, de forma consciente o no, los archiveros participan en la conformación de las distintas posibilidades interpretativas, y como consecuencia, en los distintos documentos¹⁹.

Si un documento puede ser entendido y conocido en su integridad sólo lo será en un espacio temporal determinado, ya que pasa por estas fases de inserción y reinsertión en un contexto, que también afecta a sus relaciones con los otros documentos y acciones. La Declaración de Gettysburg arroja luz en ese sentido. El sociólogo Charles Lemert señala que este discurso significó cosas distintas para cada persona cuando se pronunció en 1863. Sin duda, los habitantes del sur no lo vieron con buenos ojos. Algunos habitantes del norte lo consideraron un fracaso. Se dice que incluso a Abraham Lincoln le decepcionó al principio. Ha ido adquiriendo con el tiempo mayor carga significativa, en función de perspectivas cambiantes. Lemert defiende que los significados de la Declaración de Gettysburg, como los de todos los documentos, “son *diferidos*. Llegamos a ellos después del hecho, con algún trabajo, en todo caso”. En pocas palabras, lo que Lincoln dijo ha ido evolucionando desde lo que para muchos fue, en el mejor de los casos, una breves y edificantes “observaciones inspiradas” tal y como fueron presentadas entonces (y él era sólo uno de los varios oradores ese día) hasta terminar siendo un texto sagrado americano – *la Declaración de Gettysburg* (no *la conferencia de Gettysburg* o *la charla junto a la chimenea de Gettysburg*). Incluso los nombres que los archiveros y los demás asignan a los documentos conceden un determinado significado²⁰.

Los archivos condicionan la forma de los documentos, pues son una de los principales vías mediante las que las sociedades “*transmiten en diferido*” a otros tiempos los términos, los significados y los procesos de creación de contenido. Esta prórroga en la comunicación expone a los documentos a nuevos significados y a nuevos sentidos en función del curso de las circunstancias. Los archiveros a menudo explican y fomentan así esta transformación. Así lo hizo Bill Russell en su excelente estudio sobre los documentos administrativos del departamento canadiense de asuntos indios. A finales del siglo veinte, este departamento propuso incorporar su fondo archivístico a los Archivos Nacionales de Canadá. Pretendía que esos documentos se conservasen como testimonio del progreso del pueblo aborígen hacia la asimilación de la civilización bajo la mano experta y protectora de la responsabilidad del hombre blanco. Dado que los archivos comunican de manera diferida el significado de sus documentos, en la actualidad ya no pensamos que realmente ese fuese el testimonio de esos documentos. (De hecho, muchos autores podrían decir que en realidad son la prueba de lo contrario, ya que ahora con frecuencia sirven como testimonio de las numerosas demandas

que los pueblos indígenas han presentado contra el gobierno por las violaciones de los tratados y otros derechos en esa época). Se entiende, claro está, que el gobierno tenía entonces una visión distinta de todo ello, lo cual es en cierto sentido parte de las pruebas que contienen dichos documentos, pero el gobierno (o el creador de los documentos) no tiene el control absoluto de lo que significan los documentos o, dicho de otro modo, de lo que estos *son*²¹.

Obviamente Russell no escribió literalmente esos documentos gubernamentales, pero él, al igual que otros archiveros, “escribió” acerca de todos ellos en artículos publicados como el mencionado anteriormente, en solicitudes de ayudas, en orientaciones, en cartas a otros investigadores y, quizá especialmente, en la asistencia oral ofrecida a otros colegas e investigadores poniendo de manifiesto la existencia, el valor, las conexiones y los significados de estos documentos. A lo largo del tiempo, estos comentarios de los archiveros se añaden como una capa de pintura más a la contextualización de los documentos en sí mismos, como algo que puede parecer un barniz invisible, debido a que la relación integral y conformadora de los comentarios respecto a los propios documentos no se ha tenido en cuenta de manera general; es más, tradicionalmente se ha pensado que pertenecían a esferas distintas. Sin embargo, sería imposible pretender separar completamente los documentos originales del barniz añadido. Ambos pueden fundirse de forma imperceptible para crear nuevas (y enlazadas) versiones del documento. Frente a unos pocos investigadores que pueden sumergirse directamente en la ingente cantidad de documentos de archivo y comienzan a interpretar sin esta orientación archivística, los investigadores de la realidad documentada y de los archivos saben realmente que (para bien o para mal) estos son en gran parte lo que los archiveros han construido de ellos. Como explica el filósofo Gary Madison, “leer un texto es, en realidad, producir otro texto. Leer es escribir. Esto es lo que llamamos *interpretación*. No hay un final para ello”²². Por tanto, los archiveros, como lectores de documentos, colaboran en la “escritura” o creación de estos.

Aunque los archiveros no producen literalmente los documentos pueden influir en el proceso mismo de su creación. Tener constancia del destino archivable que puede esperarle a un documento puede condicionar su creación inicial. Lo que habitualmente se considera como consecuencia de la creación documental –los archivos– puede ser en realidad una de sus causas. Los archivos pueden constituirse en coautores y en uno de los orígenes de los documentos. Esto puede deberse a que las políticas y legislaciones archivísticas pueden dar a conocer a los productores de los documentos de una institución o jurisdicción determinada que algunos de los documentos que producen serán conservados en archivos. Un ejemplo que refleja cómo la conciencia de ser archivable influye en la forma en que se producen los documentos puede verse en el estudio de Kenneth Woodward sobre cómo la Iglesia Católica de Roma determina quién debe ser canonizado. Woodward recoge una entrevista con un científico contratado por la Iglesia

para examinar las reivindicaciones de curas milagrosas realizadas por alguien que de ser ciertas merecerían rango de santidad. Woodward informa sobre cómo el científico defendía la integridad de su trabajo diciendo que “hacemos nuestra labor concienzudamente porque sabemos que nuestro trabajo será conservado en los archivos. Y los Archivos Vaticanos no pierden nada”. Woodward añade que los científicos “son perfectamente conscientes... de que están escribiendo para la historia tanto como para el presente”²³.

Un caso parecido se encuentra en el estudio de Anne Gere sobre las organizaciones de mujeres a finales del siglo veinte. La selección de la documentación en estas organizaciones, alude Gere, se llevaba a cabo “con la conciencia deliberada de su importancia histórica”. Estas mujeres sabían que sus actividades estaban cambiando la historia de la mujer y de Estados Unidos. Querían “historiarse a sí mismas” a través de la selección y conservación de sus documentos, para dar lugar a mayores adhesiones a su causa. Gere señala que la secretaria de una organización comentó que ella registraba las actas por su “gran respeto hacia la futura reputación de los miembros de este club...”. “Quién sabe”, añadía, “si este diminuto y aparentemente insignificante libro de control [de actas] no será resucitado, y cuidadosamente leído y examinado en alguna época futura”²⁴. Por tanto, muchas de estas organizaciones femeninas establecieron sus propios archivos para albergar sus documentos. Si los archiveros logran su principal objetivo común de hacer los archivos más cercanos, como partes integrantes tanto de las instituciones que los patrocinan como de las sociedades en las que se enmarcan, los archivos serían entonces, de una forma más evidente de lo que ahora lo son, creadores de documentos, porque la gente los produciría teniendo en mente una intención (¡o amenaza!) archivística muy clara.

Implicaciones para el documento electrónico

Aunque esta influencia sobre la elaboración primera de los documentos siempre ha sido una consecuencia implícita de la existencia misma de los archivos (en contra de la cultura archivística de neutralidad y anonimato voluntario), está llegando a ser una finalidad mucho más explícita en la era informática. Este cambio supone una significativa alteración del modo en que los archiveros conciben los archivos y también del modo en que los demás pueden llegar a concebirlos. Destacados archiveros creen que el impacto de la Archivística sobre la creación de los documentos puede aumentar considerablemente si esta consigue adaptarse a esta era electrónica. Hoy día los archiveros debaten sobre los desafíos de la Archivística en “la frontera salvaje” de la era electrónica del mismo modo en que Brymner hablaba de la Archivística a finales del siglo diecinueve, cuando se autodenominaba como un “colono” encargado de limpiar el terreno. Se estima que

los documentos electrónicos, provisionales, sumamente cambiantes, tecnológicamente dependientes y complicados de gestionar, requieren ser transformados en un “entorno estable” y ordenado de creación, conservación y control archivístico de documentos²⁵.

Sin embargo, un punto de partida distinto con respecto a la perspectiva de Brymner es la creciente conciencia por parte de algunos archiveros de la influencia que deben ejercer para promover la creación de documentos electrónicos archivables. A diferencia de la Archivística anterior a la informática, la Archivística en un entorno de comunicaciones electrónicas ha de ser una actividad sumamente visible y fuertemente respaldada, o de lo contrario los documentos electrónicos básicamente no podrán ser conservados como archivos. El constante soporte técnico necesario para gestionar la comunicación electrónica conlleva que los archivos ya no pueden pretender esperar a rescatar viejos documentos mucho tiempo después de su creación o tratar de evitar la intrusión en el proceso de creación de documentos esperando que estos lleguen a los archivos mucho tiempo después de que sus creadores ya no los necesiten. Los productores de documentos y los creadores y fabricantes de tecnologías electrónicas presentan ordenadores sin tener demasiado en cuenta ni su durabilidad a corto plazo ni la gestión archivística. Por tanto, los archiveros deben estar advertidos de que para proteger los archivos en la era electrónica se han de tomar decisiones consecuentes con ello, e incluso tomarlas antes de que se produzcan los propios documentos.

Esto ha derivado en ambiciosos esfuerzos por parte de los archiveros por intentar prescribir el desarrollo futuro de la informática, definiendo al mínimo detalle para los técnicos informáticos, programadores y productores de documentos, la perspectiva archivística de las características necesarias de un documento, de la creación de un documento, de la gestión de documentos y de las estrategias archivísticas²⁶. Como respuesta emergente a estos intereses e iniciativas, el NARA ha afirmado que no sólo pretende ejercer su rol tradicional de protector y proveedor de los documentos archivísticos del gobierno federal, sino que también se centrará en este esfuerzo sobre el “testimonio esencial” que documenta “las identidades, derechos y atribuciones de los ciudadanos; las actividades de las que son responsables los funcionarios federales; y las consecuencias de estas acciones sobre la experiencia nacional”. A la hora de seleccionar documentos archivísticos, el NARA no sólo atribuye “una importancia *especial*” a los documentos que contienen “testimonio esencial”, sino que también tratará de “garantizar que el gobierno cree dicho testimonio”. Para ello, los archivos prometen “clarificar los tipos de documentos que la ley exige que la agencias federales creen y conserven” y “contribuir a diseñar un sistema de gestión y conservación de los documentos”. En el sentido derridiano, el NARA intentará asegurar que determinados acontecimientos vitales de la vida americana serán “producidos” a través de medios documentales²⁷. Este anticipado grado de conciencia de implicación en la misma concepción,

propósito, creación, forma, orden previo, y luego selección de los documentos para su conservación, quiere decir que NARA, como muchos otros archivos, sabe que tiene ante sí la mayor oportunidad de su historia para condicionar la interpretación de su labor y su impacto sobre su patrocinador.

Las arrolladoras aspiraciones sociales que plantea NARA poco tienen que ver con la teoría tradicional del papel anónimo de los archiveros en la creación de documentos y de conocimiento. La era informática y la perspectiva posmoderna han desalojado estas ideas tradicionales y han hecho que la labor archivística sea más visible ahora que nunca. Sin embargo, algunos destacados partidarios de este tipo de ambiciosa intervención en la generación y gestión de los documentos lo han considerado como una reafirmación del papel convencional de los archivos, más que como una ruptura radical de este. El proyecto sobre documentos electrónicos de la University of British Columbia (1994-1997) pretendía en última instancia cambiar radicalmente la “cultura del documento” en la sociedad como un medio de “garantizar” la fiabilidad y autenticidad de los documentos electrónicos. El sucesor más ampliamente desarrollado (e internacional) de dicho proyecto –el proyecto InterPARES– comenzó con ese objetivo, pero parece haberlo abandonado, aunque no la teoría archivística convencional subyacente. Heather MacNeil, miembro destacado de ambos equipos de investigación, escribió: “La valoración de la integridad de un documento no puede hacerse en un sentido absoluto, pero sí al menos en relación con el propósito que el documento cumple en el entorno en el que ha sido creado, conservado y usado... La valoración de autenticidad se enmarca dentro de un rango de probabilidades, más que de certezas”²⁸. Tanto el proyecto de UBC como InterPARES han intentado identificar las características ideales que debe presentar un documento para hacer que la confianza en su integridad sea máxima en relación con el testimonio de las acciones de su creador literal, de su origen. Y ambos proyectos, igual que otros parecidos, confían en que estas prescripciones repercutan en el comportamiento general de generación y gestión de documentos. Pese a ello, no parece probable que la profesión archivera, numéricamente limitada, poco conocida y escasamente comprendida, termine influyendo demasiado en el comportamiento general con los documentos actuales.

Estos y otros tantos proyectos sobre documentos electrónicos han sido muy útiles a la hora de clarificar varias características de la creación de documentos y las prácticas de gestión ideales, pero sus limitaciones han dado lugar a otra estrategia emergente para hacer frente a la era electrónica, que otros destacados archiveros también han distinguido. Los archiveros deben, por supuesto, dedicarse a ejercer toda la presión que sean capaces para mejorar la cultura de la generación y gestión de documentos, pero la sociedad seguramente evolucionará hacia una mejor gestión de los documentos electrónicos como respuesta a otros factores, como las prioridades operativas, la reducción de costes y la gestión del cálculo de

riesgos. Esta tendencia ya está en marcha, sin tener demasiado en cuenta los esfuerzos de los archiveros. Las decisiones que toma una sociedad sobre sus documentos probablemente no alcancen las sugeridas por la visión ideal de los archiveros, en parte porque su implementación sería considerada muy costosa o innecesaria. Los documentos que heredarán los archiveros y con los que tendrán que trabajar, por tanto, se parecerán bastante más a aquellos con los que han tenido que tratar en el pasado – limitados en volumen, reflejo de una gran variedad, sin integridad completa y portando muchos significados. Como señala Margaret Hedstrom, profesora de archivos y especialista en documentos electrónicos:

Hay un gran pacto al que archiveros y diseñadores [de software y hardware] pueden llegar para establecer archivos electrónicos que sean accesibles y usables, pero los archiveros deben tener cuidado a la hora de situar toda la funcionalidad del sistema archivístico en el propio sistema. La correcta descripción de la información y técnicas como el marcado de hora/fecha y el encriptado pueden servir para evitar la alteración de los documentos. Pero es preciso que los archiveros lleven a cabo un esfuerzo paralelo para enseñar a los usuarios de documentos electrónicos cómo ser consumidores expertos y suspicaces de información digital. Es necesario que los archiveros eduquen a las próximas generaciones de estudiantes y de usuarios en general para que se acerquen a los testimonios digitales con una actitud que cuestione cómo fueron creados, por qué se conservan y cómo deberían ser interpretados. Hasta que la mayor parte de la sociedad se sienta tan cómoda con los documentos electrónicos como se sentían con las formas tradicionales de documentación, los archiveros tendrán la responsabilidad de ayudar a los usuarios a evaluar, entender e interpretar las nuevas formas documentales²⁹.

Puesto que en una sociedad probablemente serán sólo unos pocos los que sigan al detalle las pautas archivísticas referidas a la gestión de documentos, no importa lo excelentes que sean será esta lectura crítica o estrategia de investigación o interpretación de los archiveros la que tendrá mayor protagonismo a largo plazo para trasladar los archivos hasta el futuro electrónico, como lo ha tenido para trasladar los archivos pasados a nuestro presente. Esta interpretación crítica de la historia de los documentos por parte de los archiveros puede ser considerada hoy como su principal contribución a la creación de los documentos. Esta visión de los archivos, por tanto, implica una visión renovada de los archiveros – como agentes visibles y activos de la construcción de esa historia y de cómo esta modela el conocimiento de la sociedad.

Notas

¹ Véase Lawrence E. Cahoon, ed., *From Modernism to Postmodernism: an Anthology* (Oxford: Blackwell Publishers, 1996) and Pauline Marie Rosenau, *Post-Modernism and the Social Sciences: Insights, Inroads, and Intrusions* (Princeton: Princeton University Press, 1992).

² Jacques Derrida, *Archive Fever: A Freudian Impression*, trans. Eric Prenowitz (Chicago: University of Chicago Press, 1996). A continuación se ofrece una lista de artículos archivísticos que tratan el posmodernismo: Brien Brothman "Orders of Value: Probing the Theoretical Terms of Archival Practice" *Archivaria* 32 (Summer 1991): 78-100 [publicado en español es este mismo número] y "Declining Derrida: Integrity, Tensegrity, and the Preservation of Archives From Deconstruction," *Archivaria* 48 (Fall 1999): 64-88; Rick Brown, "The Value of Narrativity in the Appraisal Historical Documents: Foundation for a Theory of Archival Hermeneutics," *Archivaria* 32 (Summer 1991): 152-57; Terry Cook, "Electronic Records, Paper Minds: The Revolution in Information Management and Archives in the Post-Custodial and Post-Modernist Era," *Archives and Manuscripts* 22 (November 1994): 300-28; "Archival Science and Postmodernism: New Formulation for Old Concepts," *Archival Science* 1, no.1 (2000): 3-24 [publicado en español es este mismo número]; y "Fashionable Nonsense or Professional Rebirth: Postmodernism and the Practice of Archives," *Archivaria* 51 (Spring 2001): 14-35 [publicado en español es este mismo número]; Joan M. Schwartz, "We make our tools and our tools make us': Lessons from Photographs for the Practice, Politics, and Poetics of Diplomats," *Archivaria* 40 (Fall 1995): 40-74 y "Records of Simple Truth and Precision': Photography, Archives, and the Illusion of Control," *Archivaria* 50 (Fall 2000): 1-40 [publicado en español es este mismo número]; Bernardine Dodge, "Places Apart: Archives in Dissolving Space and Time" *Archivaria* 44 (Fall 1997): 118-32; Verne Harris, "Claiming Less, Delivering More: A Critique of Positivist Formulations on Archives in South Africa," *Archivaria* 44 (Fall 1997): 132-41 [publicado en español es este mismo número]; y *Exploring Archives: An Introduction to Archival Ideas and Practice in South Africa*, 2nd ed. (Pretoria: National Archives of South Africa, 2000); Tom Nesmith, "Still Fuzzy, But More Accurate: Some Thoughts on the 'Ghosts' of Archival Theory," *Archivaria* 47 (Spring 1999): 136-50; Lilly Koltun, "The Promise and Threat of Digital Options in an Archival Age," *Archivaria* 47 (Spring 1999): 114-35; Eric Ketelaar, "Achivalisation and Archiving," *Archives and Manuscripts* 27 (May 1999): 54-61; Steven Lubar, "Information Culture and the Archival Record," *American Archivist* 62 (Spring 1999): 101-12; Francis X. Blouin Jr., "Archivists, Mediation, and Constructs of Social Memory," *Archival Issues* 24, no. 2 (1999): 101-12; y una serie de artículos en los números de noviembre de 1998 y mayo de 1999 de *History of the Human Sciences*, entre los que destacan Richard Harvey Brown and Beth Davis-Brown, "The Making of Memory: The Politics of Archives, Libraries and Museums in the Construction of National Consciousness," *History of the Human Sciences* 11 (November 1998), 17-32.

³ Cahoon, ed., *From Modernism to Postmodernism*, 14. Archivar, como complejo proceso que incluye la creación de memoria mediante la significación del recuerdo o del registro de los hechos, la transmisión de su consideración en el tiempo y en el espacio, su organización, su interpretación, su olvido e incluso su destrucción, produce construcciones de algunas actividades y circunstancias pasadas. Este artículo se ocupa de la parte del proceso que concierne a los archiveros al desarrollar el trabajo aquí descrito. Para un desarrollo más extenso del concepto de archivar, véase Nesmith, "Still Fuzzy, But More Accurate," 145.

⁴ Cahoon, ed., *From Modernism to Postmodernism*, 14.

⁵ Sobre la relación general de la percepción posmodernista con el trabajo archivístico véase especialmente la obra de Brothman, Cook, Harris y Ketelaar citadas anteriormente. Véase también Schwartz, "Records of Simple Truth and Precision", referido a su aplicación a fotografías [publicado en español es este mismo número] y Nesmith, "Still Fuzzy, But More Accurate," referido a la discusión de su relevancia para los conceptos de procedencia, registro y archivos.

⁶ Sobre estas imágenes del guardián y el espejo, véase la obra de Timothy Walch, ed., *Guardian of Heritage: Essayson the National Archives* (Washington, D.C.: National Archives and Records Administration, 1985) y la de Public Archives of Canada, *Archives: Mirror of Canada Past* (Toronto: University of Toronto Press, 1972). Esto no significa que los archiveros hoy en día no consideren que su trabajo conlleva una exigencia intelectual o que busquen un anonimato social voluntario. Aun así, el objetivo final para la mayoría es mantenerse al margen y presentar la labor archivística como un conducto transparente al pasado, más que como una labor que conforma nuestra concepción de ese pasado. Véase, por ejemplo, Ferry Eastwood, "Mailing a Little Jelly to the Wall of Archival Studies," *Archivaria* 35 (Spring 1993): 232-52; y "What is Archival Theory and Why is it Important?," *Archivaria* 37 (Spring 1994): 111-13; y Luciana Duranti, "Reliability and Authenticity: The Concepts and Their Implications," *Archivaria* 39 (Spring 1995): 5-11.

⁷ Hilary Jenkinson, "The English Archivist: A New profesión", en *Selected Writings of Sir Hilary Jenkinson*, ed. Roger H. Ellis y Peter Walne (Gloucester: Alan Sutton Publishing, 1980), 238, 258.

⁸ *Report on Canadian Archives, 1889* (Ottawa, 1890), x, xii.

⁹ Paul Heyer, *Communications and History: Theories of Media, Knowledge, and Civilization* (New York: Greenwood Press, 1988), 8, 40; Martin Jay, "Should Intellectual History Take a Linguistic Turn? Reflections on the Habermas-Gadamer Debate", en *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, ed. Dominick LaCapra and Steven Kaplan (Ithaca: Cornell University Press, 1982), 82, 105.

¹⁰ Hans Bertens, *The Idea of the Postmodern: A History* (London: Routledge, 1995), 3-11, 242; Heyer, *Communications and History*, 8, 40; Jay "Should Intellectual History Take a Linguistic Turn?" 86, 102, 105; y Hans Kellner, "Triangular Anxieties: The Present State of European Intellectual History", en *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, ed. LaCapra and Kaplan, 86, 105.

¹¹ Para el desarrollo de estas ideas véase Jonathan Culler, *On Deconstruction: Theory and Criticism After Structuralism* (Ithaca: Cornell University Press, 1982) y *Literary Theory: A Very Short Introduction* (Oxford: Oxford University Press, 1997); Roger Webster, *Studying Literary Theory: An Introduction* 2nd ed. (London: Arnold, 1996); y Glenn Ward, *Postmodernism* (London: Hodder and Stoughton, 1997).

¹² Derrida, *Archive Fever*, passim.

¹³ Transcripción no publicada de "Archive Fever: A Seminar by Jacques Derrida, University of Witwatersrand, August, 1998", 22. Agradezco a Verne Harris este documento. *Archive Fever*, 16-17.

¹⁴ *Report on Canadian Archives, 1889* (Ottawa, 1890), xv, x, xii.

¹⁵ Para una ampliación de la obra de Brymner sobre los archivos públicos véase Peter Coger, "The Colonial Office Group of the Public Record Office, London, with Particular Reference to Atlantic Canada", *Canadian Archivist* 2, no. 5 (1974); Ian E. Wilson, "A Noble Dream: The Origins of the Public Archives of Canada"; y Jay Atherton, "The Origins of the Public Archives Records Centre, 1897-1956", en *Canadian Archival Studies and the Rediscovery of Provenance*, ed. Tom Nesmith (Metuchen, N.J., and London: Society of American Archivists and Association of Canadian Archivists in association with the Scarecrow Press, Inc., 1993), 61-108.

¹⁶ Para más información sobre la visión nacionalista y decididamente *cultural*, más que jurídica o administrativa, que Doughty tenía de los archivos, véase Ian E. Wilson, "Shortt and Doughty: The Cultural Role of the Public Archives of Canada, 1904-1935", *Canadian Archivist* 2, no. 4 (1973): 4-25, y Wilson "A Noble Dream". Para comentarios sobre Carlin véase *Ready Access to Essential Evidence: The Strategic Plan of the National Archives and Records Administration, 1997-2007* (National Archives and Records Administration, 1996), 1-2. En vista de los temas de este artículo, es de interés que la prueba "esencial" es únicamente el registro del gobierno, y más concretamente el registro del gobierno federal de los EE.UU. Sobre el senador Trent Lott, véase su "Powerful Documents Inspire a Nation", *The Record*, January 1998, 6. Sobre el simbolismo arquitectónico del edificio de Washington D.C. National Archives, véase Walch, ed., *Guardian of Heritage*. Para una reflexión más amplia sobre la arquitectura de los archivos, véase Theresa Rowat, "The Record and the Repository as a Cultural Form of Expression", *Archivaria* 36 (Autumn 1993): 198-204.

¹⁷ Se ha tomado prestado el concepto de "pedestal" de la historiadora del arte Marianne Stanishevsky, que lo usa para debatir sobre cómo objetos que normalmente no consideraríamos "arte" son considerados así cuando están colocados sobre el pedestal de una galería de arte o museo. Véase Canadian Broadcasting Corporation, "Ideas", "In the eye of the Beholder", broadcast 16 June 1997, transcript, 10. Stanishevsky mantiene que las galerías de arte y los museos condicionan el modo en que las obras de arte adquieren valor y significado: "Para definir una obra de arte: una obra de arte aumenta su valor y significado si se le hace circular dentro de las instituciones del arte. Si haces una obra de arte, piensas que lo es, nadie la ve, no se lo dices a nadie y se desmorona, en cierto sentido no es arte. A todos los efectos no consta en términos de significado y valor, en términos de cultura. Por tanto, una obra de arte necesita entrar a formar parte de la cultura para obtener significado y valor, y se comprobará que como obra de arte aumenta su valor con el paso de los años... Y es la institución la que condiciona su valor" (pp. 11-12). Los documentos archivísticos pueden ser percibidos de una forma similar. Gary Taylor, experto en Shakespeare, también hace hincapié en este aspecto. Afirma que el conocimiento y la cultura no son en sí la totalidad de todo lo que se ha pensado, escrito y hablado, sino "sólo la parte de todo ello que puede recordarse". El proceso de recordarlo incluye a una variedad de "editores", como él los llama, que intervienen para seleccionar lo que será recordado y asumen las diversas tareas necesarias para comunicar esas recopilaciones a lo largo del tiempo y del espacio. Estas diversas actividades incluidas en

este proceso influyen en lo que está siendo recordado. Aunque Taylor no menciona de forma explícita a los archivos, los archiveros están obviamente incluidos dentro de esa sociedad de editores que, aunque permanezcan virtualmente invisibles, ayudan a conformar lo que será recordado y cómo será transmitido. Véase Gary Taylor, *Cultural Selection* (New York: Basic Books, 1996), 6, 122-25. Para un ejemplo de la metáfora de tesoro archivístico véase National Archives of Canada, *Treasures of the National Archives of Canada* (Toronto: University of Toronto Press, 1992).

¹⁸ Para una ampliación sobre la informatización de las herramientas de investigación de los archivos, véase Ronald Weissman, "Archives and the New Information Architecture of the Late 1990s", *American Archivist* 57 (Winter 1994): 20-34.

¹⁹ Taylor, *Cultural selection*, 122-23.

²⁰ Charles Lemert, *Postmodernism Is Not What You Think* (Oxford: Blackwell Publishers, 1997), 46 (énfasis original); Garry Wills, *Lincoln en Gettysburg: The Words that Remade America* (New York: Simon and Schuster, 1992), 34-40. Curiosamente, Wills señala que Lincoln estaba tratando de reinterpretar la constitución americana para argumentar que era la base de una nación en la que se reconocía la igualdad entre los hombres. Wills comenta que Lincoln "trastocó el documento desde dentro, apelando en su carta al espíritu..." (p. 38). Con respecto a la idea de que la creación de significado es un proceso, véase también Steven Connor, *Postmodern Culture: An Introduction to Theories of the Contemporary* (Oxford: Blackwell Publishers, segunda edición, 1997), 142-43, y Terry Eagleton, *Literary Theory: An Introduction*, 2nd ed. (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996), 11-12.

²¹ Bill Russell, "The White Man's Paper Burden: Aspects of Records Keeping in the Department of Indian Affairs, 1860-1914", *Archivaria* 19 (Winter 1984-85): 50-72.

²² Gary B. Madison, ed., *Working Through Derrida* (Evanston, Ill.: Northwestern University Press, 1993), 1 (énfasis original).

²³ Kenneth L. Woodward, *Making Saints: How the Catholic Church Determines Who Becomes a Saint and Who Doesn't*, (New York: Simon and Schuster, 1990), 197. Doy las gracias a Peter Wosh, del programa de doctorado en estudios archivísticos de la Universidad de Nueva York por esta referencia. Para información sobre un aspecto aparentemente prosaico de la influencia de los archivos en la creación de los documentos, véase David Walden, "The Tax Credit System: Blessing or Burden?" *Archivaria* 18 (Summer 1984): 84-90. Walden señala que los beneficios fiscales que obtenían los donantes de manuscritos privados a archivos canadienses fueron el aliciente para que estos crearan documentos para ello. La historia oral, emprendida por los archiveros con propósitos archivísticos, es, por descontado, un sorprendente ejemplo de su intervención en la producción de documentos literalmente.

²⁴ Anne Ruggles Gere, *Intimate Practices: Literacy and Cultural Work in U.S. Women's Club, 1890-1920* (Urbana: University of Illinois Press, 1997), 50.

²⁵ John McDonald, "Managing Records in the Modern Office: Taming the Wild Frontier", *Archivaria* 39 (Spring 1995): 70-71.

²⁶ Para una ampliación sobre el trabajo de David Bearman y de la University of Pittsburgh en esta área véase su *Electronic Evidence: Strategies for Managing Records in Contemporary Organizations* (Pittsburgh: Archives and Museum Informatics, 1994), 294, y Wendy Duff, "Ensuring the Preservation of Reliable Evidence: A Research Project Funded by the NHPRC", *Archivaria* 42 (Fall 1996): 28-45. Sobre un proyecto similar de la University of British Columbia (UBC), véase Luciana Durranti and Heather MacNeil, "The Protection of the Integrity of Electronic Records: An Overview of the UBC-MAS Research Project", *Archivaria* 42 (Fall 1996): 46-67; para un ejemplo australiano, véase Sue McKemish, Glenda Acland, Nigel Ward, and Barbara Reed, "Describing Records in Context in the Continuum: The Australian Record-keeping Metadata Scheme", *Archivaria* 48 (Fall 1999): 3-44.

²⁷ *Ready Access to Essential Evidence*, 7 (énfasis original), 2, 8. La Australian Society of Archivists como una parte clave de la declaración de su misión profesional se propone el objetivo de garantizar cómo "están hechos" los documentos archivísticos. Véase *Archives and Manuscripts* 27 (May 1999):1.

²⁸ Duranti, "Reliability and Authenticity", 9; Duranti and MacNeil, "The protection of the Integrity of Electronic Records", 47, 56, 63; Heather MacNeil, "Providing Grounds for Trust: Developing Conceptual Requirements for the Long-Term Preservation of Authentic Electronic Records", *Archivaria* 50 (Fall 2000): 70, 73.

²⁹ Margaret Hedstrom, "How Do Archivists Make Electronic Archives Usable and Accesible?", *Archives and Manuscripts* 26 (May 1998): 15.